

Apología al Ser Humano

Luciano Santacruz

Image not found.

Capítulo 1

¿Qué somos? Extraña pregunta que nos define de forma simple si sólo la formulamos, y cada vez más intrincada si profundizamos en ella.

Siempre anhelando el saber, curioso por naturaleza, ambicioso por instinto, y ególatra como estructura para sobrevivir. Así somos todos nosotros. ¿Quién nos ha instalado esos dispares adjetivos? ¿Acaso ya se encontraban prefijados en nuestra esencia, como partes de una fórmula que nunca quisimos y que a la vez no podemos abandonar? ¿O tal vez los encontramos en una mella en lo profundo de nuestra primeramente pura alma, una pizca de reminiscencia perdida de lo que antes tuvimos, gozamos, y llevamos sobre el pecho, flameando como una bandera, en algún momento y lugar lejano a este mundo, cerca del contorno del universo?

Aún sin conocer su procedencia, ésto nos define. Está ahí, y forma parte de las letras pequeñas de nuestro ser, invisibles a una mente que existe sin vivir, que ve sin observar; que piensa, pero que no divaga. Algo nuestro es fácil de encontrar, o eso queremos pensar, a poco costo, salvo si el tiempo nos apremia, cosa que con premura se ve como algo bueno, algo productivo y necesario... Algo útil. Pero, ¿útil para quién?

Todo el mundo tiene en mente sus propios intereses, es algo natural, algo que se espera del ser que llamamos humano. Queremos y buscamos conseguir aquello que nos es "útil", lo que podemos utilizar como alimento para nuestros deseos. Aun cuando ésto es precedido por los intereses de otros, sigue siendo lo mismo, pues lo que queremos realmente es aquella sensación de autobienestar que nos trae el ser "buenos", el ser condescendientes y amables; nos llena, de algún modo la alegría de nuestros iguales nos influye, recompensándonos gratamente. Entonces, si el sentimiento que más esperamos al llevar a cabo una acción benéfica para con los otros es el de una autosuficiencia (sutil sí, algo ofuscada y difusa, pero una real), aquella acción, ¿puede llamarse sinceramente un acto filantrópico, aun si esencialmente es sólo una vía sin remordimientos hacia la felicidad producto de la realización de nuestros propios deseos? Pero como he dicho, un instinto que no elegimos y que siempre estuvo allí, aun desde antes quizá de nuestra llegada al mundo, ¿realmente nos pertenece? ¿Es algo bajo nuestro control, algo que de lo que podamos sentirnos culpables, aborrecernos y sufrirnos?

Entenderse, eso es lo que se necesita. No cambiará una vida a grandes rasgos pero no se estará perdido, sabremos algo más de nuestro ser, el por qué hacemos lo que hacemos y el por qué nos gusta lo que hacemos. Cambiará nuestra forma de pensar, estaremos plenamente conscientes de que no es nuestra culpa el ser así, y que tampoco es algo malo, sino que es nuestra realidad. Aunque no quiere decir que no podamos cambiar; eso nunca. ¡Como si eso fuera posible! Somos increíbles, al menos mentalmente, y no hablo de complicadas ecuaciones matemáticas ni variables fórmulas químicas, sino de lo que (a mi parecer) quizá nos pueda acercar a la tan ansiada verdad, si es que ésta realmente existe. El pensar en sí, la deducción, la duda, la incógnita, la divagación infinita. Pero desgraciadamente o afortunadamente, este método no se desarrolla en cada ser pensante, casi siempre por una inconsciente voluntad propia.

Pero, aun con todo, si tan difícil es rebuscar en nuestro ser y profundizar las razones que nos llevan a nuestros actos, no es de sorprender que el vulgo (y al usar esta palabra no escondo ningún dejo de examinación ególatra ni ningún tipo de aceptación social hacia esa mayoría) desacredite la relevancia de este tipo de introspección. Si multiplicáramos eso por la cantidad de cerebros andantes en este mundo, la cantidad de pensamientos, verdades, mundos abstractos completamente personales que podrían encontrar la luz de este mundo físico que llamamos realidad pero que no lo hacen sería exorbitante. Y si suponemos que nosotros nos encontramos allí, en medio de un cementerio de cráneos que aún viven, arrastrados por otros iguales a ellos, ¿cómo nos relacionaríamos, si no hemos razonado nuestras verdaderas intenciones y somos guiados por lo que creemos creer, en vez de lo que realmente cree nuestra reminiscencia, nuestra verdad ni perfecta ni imperfecta que sufre porque no puede condicionarnos?

Seríamos entidades perdidas, vibrantes objetos que se tambalean y chocan entre ellos, produciendo conflictos producto de unos sentidos confundidos y desdichados. Eso, si es que no lo somos ya, aunque quién podría juzgarnos más que nosotros, quienes no sabemos ni el por qué estamos aquí dispersos, por qué nos despertamos, dormimos, nos despertamos, y volvemos a dormir, como si algo nos hubiera programado para eso. Quizá yo también sea una entidad confundida como todas, igual, como tú, en un envase distinto pero de igual valor. Y digo quizá, no por un atizbo de ego que se medio esconde y no se quiere manifestar con entereza, sino porque albergo una esperanza extraña, que súbitamente encontré en uno de aquellos viajes introspectivos que duran un parpadeo; hace años, o hace tal vez sólo un segundo.

Quizás hemos cambiado, tal vez el olvidar lo que somos o el por qué hemos nacido haya sido necesario en algún punto de nuestra línea evolutiva, o tal vez lo hayamos querido así, para obviar pensamientos demasiado profundos para nuestro exiguo entendimiento. Tal vez nunca lo supimos, y sólo estamos divagando, esperando un amanecer de

comprensión que no llegará nunca, y el crepúsculo nos devolverá a la nada antes de siquiera arrepentirnos por haber malgastado el tiempo que no pedimos, pero que se nos ha dado de igual manera. Si es así, entonces estas palabras no serían sino otra demostración de lo curioso y ambicioso que puede llegar a ser el acelerado espíritu humano, aun cuando no tenga nada a lo que aferrarme y mis frases busquen las respuestas que nadie ha encontrado y quizá nadie lo hará, pues no está en nuestro poder hacerlo. Pero las buscarán de igual manera.

"Pensar en esto no me lleva a ningún lugar" dirás tú; tal vez sea así, pero al ser la pregunta que me insta a escribir tan esencial y compleja, no encuentro otro modo más simple y directo de llegar a algún tipo de desenlace que comenzar a intentar definir abiertamente nuestra naturaleza pensante, desde los detalles más banales y superficiales hasta lo que creo que realmente importa, que no es lo que somos, sino lo que creemos ser.

Entonces, pues, ¿qué somos? Una vez más, es algo simple y complicado de responder, según la perspectiva que se utilice. Somos cerebros, corazones, entrañas; ataviados en distintos envases y ropajes, respectivamente. Con metas y deseos, ligados a esta realidad, la cual compartimos todos nosotros como denominador común. Todo deliberado por nuestra conciencia, que es extrañamente exclusiva para cada uno, tal vez a causa de algo arriesgadamente supuesto, como un alma. O quizás algo mucho más extraño. Obviamente me dirijo hacia una respuesta no-biológica, ya que si eso quisiera me bastaría con abrir un libro de su respectiva materia, busco ese toque extraño, busco cualidades, definiciones, no digo que busque un por qué, ya que al momento de formularme la pregunta "¿Por qué existimos?" me pregunto a mí mismo rápidamente "¿Y por qué no?" cada vez que lo intento. La respuesta simple a lo que quiero en esencia responder sería, también correcta, o al menos a mi parecer: nos definimos a nosotros mismos. Tal como algo tan peculiarmente abstracto como nosotros, el arte, lo hace para con sí. Si quiero definir a A pues entonces señalaré a A y terminaré el asunto, pero eso no es suficiente para muchos por supuesto, si lo fuera, no existirían tantas ramas de la ciencia derivadas de su madre la filosofía, tanto deseo de saber. Esta es sin duda una cualidad exquisita del ser humano. ¿Para qué dar vueltas en círculos de teorías si nosotros mismos podemos autodefinirnos? Por la duda, claro está, algo difícil de erradicar, y sumamente placentero de hacer.

Pero la duda de lo que somos y también el cómo somos no es sólo otra más de todas las preguntas que seguramente tú y yo, que cada ser pensante tiene en alguna parte de su cerebro. Una pregunta denota ignorancia, algo ubicuo desde el más tonto al más sabio (utilizo esta palabra aun con mis objeciones hacia ella), porque, después de todo, un aprendiz lo es toda su vida. Quisiera explicar mi objeción hacia la palabra sabio; pensemos en un anciano, increíblemente viejo, conoce la inocencia

de los niños, la pasión de los jóvenes, y la diligencia de los mayores, conoce también las excepciones que se dan entre estas clases, ya que comprende que cada ser es subjetivo y un mundo particular por descubrir. Conoce su profesión, sea cual sea, y piensa con calma y sin premura. Entonces, este anciano al saber todo eso, ¿es acaso más sabio que un joven erudito experto en su determinado campo científico? ¿O quizá debiera usar la palabra "inteligente"? ¿"Culto" quizá? No pretendo desacreditar los logros académicos, que juzgo de sorprendentes de por sí, pero no logro conectar todas las definiciones cotidianas, y no de libro. Si se cambia el sistema académico, con el tiempo cambiará la elección de personas inteligentes, lo mismo con las otras dos definiciones, si las experiencias vividas a lo largo de la vida de las personas llegaran a cambiar, todo se redefiniría; aunque esto que explico no fundamenta nada en sí mismo, ya que si la vida cambia y con ella cambian las definiciones, no importa en absoluto las anteriores ni tampoco las futuras, puesto que no tiene sentido sufrir y pensar en vano si lo que usarás en tu vida diaria son las definiciones en ese día vigentes. Aunque como siempre, podría escribir hojas enteras del estilo de esta habladuría sin llegar a absolutamente ningún punto. Y ni siquiera así llegaría a explicarme tal como me gustaría.

Entonces, para dar un final temporal al tema por el que decidí escribir estas indecisas y exiguas líneas; por una regla que espero exista, si hay una pregunta debe haber una respuesta, como de igual manera una cuerda dispone de sus dos extremos. Aunque ahí radica la epítome del problema, la pregunta toma el lugar de lo constante, porque si se cambiara entraríamos en un plano distinto y con nuevas posibilidades; pero la respuesta no, aquella renuente pícara puede tomar la posición de cualquier cosa, después de todo, ¿quién la juzgará como verdadera sino nosotros mismos, aquellos seres que nunca se estarán seguros de nada? Por lo que todo lo que podemos hacer es plasmar ideas desnudas y sumamente incompletas, como el propósito de este manifiesto, creando una frágil torre de cartas, esperando que se solidifique y no sea derribada por otra torre igual, pero un poco más alta.